

habitantes de la Nueva-Holanda, con quienes hasta ahora casi nadie ha logrado hablar, ignorándose de consiguiente cuales son sus ideas y sus sentimientos, hubiéramos dicho, no obstante, ostigados por aducir pruebas en pro ó en contra de nuestros asertos, que los informes últimamente adquiridos, tienden á modificar la idea tan arraigada de la completa degradación mental de aquellos infelices. Convenimos en que son seres degradados y en que, respecto de la vida exterior, las tribus con que hasta el día han tenido que tratar nuestros colonos se hallan en un estado mas miserable que ninguna otra raza de hombres, puesto que desconocen aquellas artes sin las cuales no se concibe como viven en un país, donde para subsistir necesitan andar diseminados en pequeñas tropas y sobre vastos espacios de terreno; pero, existen motivos para creer que todavía no conocemos sino la parte mas pobre de aquella grande isla, y que hácia el Norte ó quizá en el centro, hay poblaciones no tan miserables ni salvajes, ni con mucho, como los de las costas del Sur. Aun estas, lo repetimos, están muy lejos de ser como nos las han representado; y cuanto se aseguraba acerca de su absoluta estupidez, ha resultado completamente desprovisto de fundamentos. Hoy nos hallamos en el caso de reconocer, en virtud de observaciones posteriores y fehacientes, que existe en ellas el germen de los sentimientos y las ideas que, desarrolladas por la

educación, en las demás naciones, los eleva y ennoblece.

Para concluir: si consideramos el conjunto de los seres que raciocian y poseen el uso de la palabra, hallamos en todos (haciendo abstracción de sus diferencias exteriores) los mismos sentimientos internos, iguales deseos, idénticas versiones; todos, en el fondo de su corazón, reconocen estar sometidos al imperio de ciertas potencias invisibles; todos tienen, junto con una idea mas ó menos clara del bien y del mal, la conciencia del castigo reservado al crimen por los agentes de una justicia distributiva que traspasa los límites del sepulcro; todos se muestran, aunque no en igual grado, aptos para recibir la educación que desarrolla las facultades del entendimiento, para reflejar la luz mas viva y pura que el Cristianismo vierte en las almas, y para sujetarse á las prescripciones religiosas, á los hábitos que engendra su civilización; en una palabra, todos poseen la misma naturaleza mental. Aproximando, pues, á este incontestable hecho, los que se refieren á la diversidad de los instintos y demás fenómenos psicológicos de los animales, de donde nace, como lo hemos demostrado, la distinción de sus especies; nos creemos autorizados para deducir la consecuencia de que todas las razas humanas pertenecen á una sola é idéntica especie, y que no son sino ramas de un tronco único.

Fco. Javier Mendivil